

PAUL JOHNSON Y LA SUSTITUCIÓN DE DIOS*

Juan de Dios Vial Larraín

El texto que sigue corresponde al comentario formulado por Juan de Dios Vial Larraín, con ocasión de la conferencia que pronunciara en su reciente visita a Chile el historiador y periodista británico Paul Johnson.

Tres preguntas centrales se formulan aquí al señor Johnson. La primera de ellas se refiere al papel que podría jugar la dimensión religiosa en un eventual reordenamiento mundial, a raíz de los procesos de desmembramiento de nacionalidades y grupos étnicos que parecen brotar hoy en distintas regiones. La segunda dice relación con el significado que Paul Johnson le asigna a lo que ha denominado un "humanismo prometeico" en la producción de un susti-

*Texto del comentario de Juan de Dios Vial en la conferencia dictada por el historiador y periodista británico Paul Johnson, en seminario organizado por la Universidad Adolfo Ibáñez el 10 de abril de 1991 en Santiago de Chile. En esa oportunidad, el señor Johnson se refirió al contenido de sus recientes obras, y de manera especial al pensamiento expresado en sus libros *Tiempos Modernos* e *Historia del Cristianismo*.

**Profesor de Filosofía de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del instituto de Chile. Miembro del Consejo Asesor del Centro de Estudios Públicos. Ha sido Rector de la Universidad de Chile y Decano de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autor de numerosos ensayos y libros, entre ellos *La metafísica cartesiana* (1970), *La filosofía de Aristóteles como teología del acto* (1981) y *Una ciencia del ser* (1987).

tuto de Dios, para concluir con la pregunta de si acaso el problema de la sustitución de Dios no pasa, en efecto, por el interior del propio cristianismo.

Me parece justo agradecer a la Universidad Adolfo Ibáñez y al diario *El Mercurio* la posibilidad que nos ofrecen de escuchar personalmente a una figura intelectual de tanto relieve, cuyos libros son tan leídos y discutidos en nuestros días, como es Paul Johnson. Y agradecer a él mismo por esta breve muestra de su incisiva mirada, de su personal enfoque de los hechos que ahora nos ha ofrecido y que hemos seguido con vivo interés.

Debo reconocer que soy un conocedor parcial, y probablemente superficial, de la obra de Paul Johnson, sin mayor competencia, además, en los temas que él aborda, pero que admira en particular aspectos de su obra, como esos notables capítulos de *Tiempos Modernos* que versan sobre los totalitarismos, precisamente el tópico que hoy ha abordado. Y puedo añadir que no me siento afectado por las críticas que este libro brillante y provocador había de concitar naturalmente. Con todo, tengo también que declarar mi distancia y mis reservas frente a algunos de los análisis y de las tesis de la *Historia del Cristianismo* y de los *Intelectuales*. Permítaseme decir dos palabras acerca de estas contrapuestas reacciones para fijar mejor mi aproximación al pensamiento del señor Johnson, antes de concentrarme en el comentario de lo que recién le hemos escuchado, que es precisamente mi tarea.

Entiendo que parte de las críticas que, como he dicho, la obra del señor Johnson tenía naturalmente que provocar, proviene de los medios profesionales de la historia, que muy celosamente defienden los rituales metodológicos de su oficio. Las comparaciones son, por lo general, injustas y hasta pueden resultar odiosas; pero a este respecto creo oportuno recordar un par de libros ciertamente geniales, con visión histórica contemporánea, que merecieron el mismo asedio y a los que el tiempo ha ido haciendo justicia: pienso en la *Decadencia de Occidente* de Spengler y en *La Rebelión de las Masas* de Ortega y Gasset. Tampoco Toynbee estuvo libre de este tipo de crítica y, sin ir más lejos, nuestro Francisco A. Encina. No digo que haya en esto meramente celos profesionales fundados en rutinas académicas. Probablemente, es la misma incertidumbre que existe sobre la condición epistemológica de la historia como disciplina intelectual lo que contribuye a generar estos conflictos.

¿Posee la Historia los controles metódicos que hagan de ella una ciencia, con arreglo al paradigma moderno? ¿O está hecha, más bien, de ocurrencias geniales, de anécdotas cargadas de sentido, de entretenidas des-

cripciones, de apenas embozadas preferencias ideológicas y hasta de mentiras -como las que empleaba Heródoto, en el origen mismo de la disciplina que habría de ser la Historia- que le merecieron su clasificación por Aristóteles entre los géneros poéticos? Estoy cierto de que un alto porcentaje de la gran cantidad de lectores del señor Johnson opta por esto último; y yo creo que lo hacen con legitimidad y sin desmedro del rango intelectual de la disciplina. Yo mismo tendría que decir que al historiador que más admiro, y que es Ranke, jamás le pondría cerca de Newton, pero sí muy cerca de Shakespeare.

Mi distancia respecto de la *Historia del Cristianismo*, tan notable en muchos aspectos, es acerca de su sentido global. Me resisto a verla como una historia del cristianismo, sino que me parece, más bien, una visión penetrante de situaciones, conflictos y perspectivas que se han dado al interior de la cristiandad, pero, diría yo, casi en los márgenes de lo que es esencial en ella: su apertura a una dimensión sobrenatural y la irradiación de ésta en las vicisitudes de su historia.

En cuanto a los *Intelectuales*, me parece un libro valiente, desmitificador en gran medida, pero, a la larga, tal vez injusto. No terminé de leerlo porque por momentos me sentí, como diría un español, fisgoneando, mirando por el ojo de la llave. Supongamos, por vía de analogía, que se tratara de la belleza de Marilyn Monroe, ¿tendría sentido hurgar en los detalles de su autopsia? Pienso que en esas páginas hay mucho de autopsia.

Señaladas estas grandes líneas de mi propia y quizá confusa aproximación a la obra del señor Johnson, vengamos a lo que ahora le hemos escuchado.

Con esa sobriedad y precisión concreta con que el pensamiento inglés sabe abordar vastos horizontes, hoy le hemos oído al señor Johnson tocar una cuestión esencial: la cuestión del sustituto de Dios, o de la sustitución de Dios. El suyo es un análisis cultural, un argumento histórico; no es una cuestión teológica o metafísica. Pero temo que la sobriedad, la elegante omisión de todo énfasis en beneficio de una fiel descripción de hechos, tan característico del pensamiento de los ingleses, nos haga perder de vista en este texto una premisa básica del mismo que yo quisiera subrayar. La premisa fundamental de este texto es que la humanidad misma del hombre es lo que le sitúa en la presencia de Dios y bajo su dependencia. A este respecto, Paul Johnson cita de paso a un teólogo -Rahner-, pero lo cierto es que no sólo un teólogo o un metafísico, sino cualquier honesto cultivador de cualquiera de las ciencias humanas reconoce hoy que la dimensión de lo divino es ineludible e indiscernible de la realidad humana, así sea, inclusive, como angustia, neurosis obsesiva o pasión inútil (Nietzsche, Freud, Sartre y otros).

En otro tiempo se hacía un uso dudosamente apologético de esta verdad. Creo que lo que Paul Johnson ha hecho, ahora, es ponernos sobre aviso de su peligrosa ambigüedad. Porque si es una verdad que el hombre necesariamente está vuelto hacia Dios y apela a lo divino, no es menos cierto que, con frecuencia trágica, cae en una sustitución de Dios, como ya lo hicieron los seguidores de Moisés que se pusieron a adorar un becerro de oro.

Entonces, la cuestión de fondo que yo leo en la tesis de Paul Johnson, aunque no estoy seguro de seguir fielmente su pensamiento, es la siguiente: hay necesidad de descubrir el rostro verdadero de Dios. Desde luego, porque sólo así el hombre se descubre verdaderamente a sí mismo. Y porque, de lo contrario, necesariamente cae en un sustituto de Dios, en una idolatría y, permítaseme la palabra, en una ideolatría, que es en lo que consisten, a mi entender, las ideologías.

Recuerdo haber leído en un diario francés durante la guerra en Indochina, hoy Vietnam, algo que ilustra gráficamente lo que le hemos oído decir al señor Johnson. Cuando los comunistas se tomaron la capital, se dirigieron hacia la Catedral, un edificio que estaba coronado por una gran estatua del Sagrado Corazón, la que era venerada por los ciudadanos y los campesinos, quienes acostumbraban orar ante ella prosternados en las gradas de acceso al templo. Los comunistas no procedieron a derrumbar la estatua -como ha ocurrido recientemente con las de Lenin y Stalin- ni a prohibir el culto: se limitaron a decapitarla y a poner en lugar de la cabeza del Cristo, la del líder comunista Ho-Chi-Minh. Una maniobra concreta de sustitución.

De entre las muchas ideas que le hemos escuchado al señor Johnson, quisiera destacar dos para formularle dos preguntas al hilo de ellas. *Tiempos Modernos* describe el desmembramiento de nacionalidades y grupos étnicos y culturales que se produjo como consecuencia de la primera guerra mundial. Hoy pareciera que asistimos a un proceso similar, por ejemplo, en la Unión Soviética, en Yugoslavia, en Irak o el Líbano. Estos procesos se ven inspirados en motivos de identidad cultural con fuertes rasgos religiosos, sean chiítas o cristianos, por ejemplo. Estaríamos en vísperas de un reordenamiento mundial, querido por Estados Unidos, políticamente producido en Europa, fatalmente creado en la Unión Soviética. ¿Qué papel puede jugar aquí la dimensión religiosa, con sus alternativas, de que nos ha hablado hoy el señor Johnson? Permítaseme intercalar una opinión en mi pregunta: admiro la misión de universalidad que ha cumplido Juan Pablo II, encarándola a través de un afianzamiento del depósito esencial de la tradición católica.

Mi segunda pregunta apunta al significado que el señor Johnson asigna a lo que ha llamado un "humanismo prometeico" -profesado entre los con-

temporáneos por hombres como Russell, Ayer, Sartre- en la producción de un sustituto de Dios. Conocí a Alfred Ayer, y puedo, por eso, saborear la anécdota que narra el señor Johnson. Alfred Ayer, efectivamente, sentía la necesidad de ser anticristiano para ser inteligente, como él mismo se reconocía -en el Beefsteak Club y por amor a la verdad, como explica el señor Johnson-. Estos hombres tenían, en realidad, una excesiva confianza en sí mismos. Pero esa confianza, a la vez, no era muy segura; de ahí el gracioso temor que Ayer mostraba de que el señor Johnson pudiera aparecer en su lecho de muerte acompañado, yo añadiría, del P. Copleston, con quien Ayer honradamente discutía, y no quedaba nada de bien parado. Hago esta observación porque el señor Johnson ha privilegiado esta línea de pensamiento y sus antecedentes volterianos, una línea que llevaría desde la *Enciclopedia* hasta el positivismo y el materialismo, y ha dejado de lado, en cambio, otra tradición intelectual, en la que me parece ver la clave más profunda de la sustitución de Dios en las ideologías totalitarias de nuestro tiempo. Pienso, por ejemplo, en un hombre como Feuerbach, el más inmediato inspirador de Marx, para quien tan explícitamente Dios es el hombre y la teología, una antropología; ideología que reaparece, por ejemplo, en las teologías de la liberación. Sin embargo, lo grave y serio no es, a mi juicio, Feuerbach, al fin y al cabo un epígono, sino todo el impulso del idealismo alemán y el pensamiento de su figura máxima, que es Hegel.

Hegel dijo en su *Lógica* -que es una monumental metafísica moderna- lo siguiente: "La lógica tiene que ser concebida como el sistema de la razón pura, como el reino del pensamiento puro. Este reino es la verdad tal como está en sí y por sí, sin envoltura. Por eso puede afirmarse que dicho contenido es la representación de Dios, tal como está en su ser eterno, antes de la creación de la naturaleza y de un espíritu finito". La lógica de Hegel instaura, pues, un saber absoluto, concebido como una estructura totalitaria que es Dios mismo. Pero lo que quisiera destacar es que Hegel es un cristiano: sospecho que Hegel es el gran teólogo de Lutero, de la fe luterana. Por consiguiente, mi pregunta es: ¿no cree el señor Johnson que el problema de la sustitución de Dios en realidad pasa por el interior del propio cristianismo? ☐